

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

### RESEÑAS

## Adversus wokismo

Reseña a Albiac, G. (2025). *El eclipse del padre. Una crítica de la razón woke*.

Madrid: La Esfera de los Libros, 232 páginas.

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

A lo largo de varios números de esta publicación, hemos tratado uno de los «temas de nuestro tiempo», que no es otro que la popularidad e influencia de la ideología *woke* o progresismo *woke*. Fue uno de nuestros más importantes colaboradores, Ricardo Veisaga, quien le dedicó más análisis a lo largo de los ya ocho años que pronto cumpliremos, el próximo mes de septiembre (Veisaga, R., 2023; Veisaga, R., 2026a). Desde el análisis de dicha ideología como parte de la izquierda fundamentalista, pasando por los orígenes de tan peculiar movimiento, que amenaza en convertirse en el Eternauta, verdadero icono de la estupidez izquierdista (Veisaga, R., 2026b).

Como ampliación de esta crítica a un delirio ideológico ya combatido en su país de origen, los Estados Unidos, por la actual administración Trump, cuyo presidente borró de un plumazo, a base de decretos, toda la legislación *woke* segregada por su antecesor, Joe Biden, traemos aquí la obra de un conocido en nuestras fronteras, el profesor Gabriel Albiac. Profesor ya jubilado de la administración pública, pero maestro aún para muchos, sigue aún ejerciendo desde las columnas periodísticas de diversos medios de comunicación como voz crítica de muchos de los temas de nuestro tiempo.

En este caso, Albiac focaliza su crítica sobre la citada ideología *woke*, interpretada por el profesor nacido en Utiel como un trasunto de otros temas que ha ido tratando a lo largo de su vida académica —algo que Bueno hubiera denominado como «Pensamiento Alicia» (Bueno,

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

G., 2006)—. Como es bien sabido, Albiac siempre ha sido un gran conocedor de la *nouvelle philosophie* emanada de nuestro vecino allende los Pirineos, Francia. Pese a que dicha Filosofía es ciertamente discutible (Gustavo Bueno, amigo de Albiac, la descalificó en más de una ocasión como una vulgar moda), lo cierto es que le ha servido a Albiac durante décadas para criticar con contundencia muchos aspectos de nuestra actualidad. Y en esta ocasión, con *El eclipse del padre* sigue los designios ya comentados: análisis de esta «emasculación» civilizatoria ejemplificada en el famoso mito de Edipo, consistente en «matar al padre» no de manera inconsciente, sino en pleno ejercicio de la conciencia: el padre, el varón, el verdadero constructor de la civilización, en una época posmoderna y autosatisfecha, donde el lujo parece una obligación y el esfuerzo y la responsabilidad más vicios que virtudes, hay quien ha decidido que la misma sociedad que fue construida por hombres ya no los necesita, pues la masculinidad es algo «tóxico» y debe ser erradicado. Como señala de manera contundente Albiac: «Asesinar al padre es hoy ocioso. Lamento comunicárselo, Doctor Freud. Se extingue, el vetusto tirano, en la anónima cama de una mugrienta UCI de mala muerte. Lo desconectamos» [16]. Una «muerte del padre» que Albiac ejemplifica en el inicio de su obra con una anécdota que tuvo lugar hace años en una anónima aula, en la que se comentaba un pasaje de Heráclito:

La voz se esfumó cortésmente. La clase sigue. Pasaje completo de Heráclito:

«Guerra, de todos padre, rey de todos... Y a unos los marca como dioses; como hombres a los otros. Y a los más hace esclavos, y hombres libres a los menos».

Treinta y tantos años después, y ya en otro mundo, habrá de recordar aquel incruento pase de esgrima, para apercibirse de que hoy lo ofensivo no hubiera sido la irrupción de la palabra «guerra», como lo fue entonces. Que el enfado hubiera tenido como blanco otro término, entonces indiferente. Mediado el tercer decenio del siglo XXI, ni aun la mejor intencionada neófita en el arte hubiera tolerado que, en el momento en el que la palabra «filósofo» es por primera vez usada, un varón blanco —y hasta puede que heterosexual, aunque con los griegos eso nunca se sabe— alzase sobre la advocación del Padre su monumento. *Pólemos*, hace cuarenta años, *Páter* ahora: nudos modificados del escándalo. Siglo XX, siglo XXI.

[...]

La clase había seguido. Y, con ella, el comentario de un texto griego, bello y misterioso, que tal vez ya tan solo al profesor interesaba por aquel entonces. Hoy, esa inercia no hubiera sido posible.

Y el sabio comentario, trocado en ofensa misógina, habría sido cancelado. Puede que, en adelante, las ediciones de Heráclito lleguen a ser expurgadas de sus dos mil seiscientos años de incorrección política. Y que, entonces sí, el eclipse del Padre se consume. Con él,

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

su universo de palabras, que es el universo.

Así sonará en escritura inclusiva:

«*Pólemos*, de todo madre y padre, reina y rey de todo...».

Mejor.

Sí, muchísimo mejor.

El tiempo en el cual era factible llamar a cada cosa por su nombre caducó. El salto de milenio lo trocó en prehistoria. Los nombres son ahora «correctos»: es decir, «corregidos». A la medida exacta que un supremo censor dictamine acorde con sus cánones, normas y desvelos [14-5].

No por casualidad el pistoletazo de salida de la crítica a eso que se ha denominado como wokismo comienza en un episodio hipotético que ha tenido lugar en las aulas. Es ahí donde esta delirante ideología tiene su mayor difusión, a través de una enseñanza ya tan manoseada por los distintos gobiernos, que casi no queda rastro alguno de saber entre tanta terminología pedagógica. Tanto es así, que la enseñanza pública ya no es más que un mero transmisor de la ideología medioambiental, segregada principalmente por ciertos centros de poder situados en el Imperio realmente existente, Estados Unidos. Un lugar donde la discrepancia, curiosamente, es mal vista, incluso sospechosa: en el mejor ejemplo de lo que la filosofía protestante habría denominado como «reino de la libertad», culminación del capitalismo contemporáneo, tener ideas divergentes respecto a la mayoría es visto como sospechoso o incluso constitutivo de delito. Todo ha de ser gris, gris gris, ya todo lo cubre la gama del gris. Por eso no hay sexo, sino género, que es una construcción social; no hay pensamiento, solamente consignas suministradas a través de vídeos cortos designados por anglicismos (reels, shorts, tik-toks)... y un gran vacío:

Y abrimos la ventana a un mundo nuevo. Pantalla en blanco del ordenador, página de papel inmaculado. Intacto todo. Sin escritura, sin cine, sin música, sin pintura, sin arte alguno que exija aquel paciente aprendizaje en el que el tiempo no se medía en la imbecil coreografía de un tic-toc [16].

En ese mundo nuevo surge un nuevo puritanismo, en el que poner en cuestión todo un delirio emanado de la subjetividad de cada uno (a modo de un *consensus omnium*) es poco más o menos que una forma de hacer violencia o una pura y simple declaración de guerra:

Mundo feliz: sin sexo, of course, que ahora es llamado pudibundamente género por los que ni siquiera saben que, en español, solo las palabras tienen género, nunca las realidades. No es una suplantación semántica sin más, esta del «sexo» por el «género». Marca el movimiento más reaccionario para la vida privada en el último siglo, su mayor retroceso después de Freud. La regresión puritana, de la cual las iletradas neofeministas

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

identitarias se han erigido en vestales, descalifica todas las iniciativas liberatorias que marcaron la vida de las mujeres en la segunda mitad del siglo XX, cuando el feminismo era sexualmente emancipatorio. Sexualmente; no «genéricamente» [16].

Y es que, como señala Albiac, «Treinta y tantos años después, y ya en otro mundo, habrá de recordar aquel incruento pase de esgrima, para apercibirse de que hoy lo ofensivo no hubiera sido la irrupción de la palabra “guerra”, como lo fue entonces. Que el enfado hubiera tenido como blanco otro término, entonces indiferente. Mediado el tercer decenio del siglo XXI, ni aun la mejor intencionada neófita en el arte hubiera tolerado que, en el momento en el que la palabra «filósofo» es por primera vez usada, un varón blanco —y hasta puede que heterosexual, aunque con los griegos eso nunca se sabe— alzase sobre la advocación del Padre su monumento. Pólemos, hace cuarenta años, Páter ahora: nudos modificados del escándalo» [14]. La cultura de la cancelación, como todo en esta vida, ha ido evolucionando... o quizás involucionando.

La tarea que Albiac se autoimpone en este *Eclipse del padre* no es otra que la presentación de los escenarios de este «mundo feliz», por usar la expresión de la famosa novela futurista de Aldous Huxley.

Y precisamente son estas novelas futuristas, además de los clásicos, las que sirven de hilo conductor a la brillante crítica de la razón woke prometida por el subtítulo de la obra. Por ejemplo, en el capítulo titulado «¿Sueñan los androides?», en alusión a la famosa novela de Philip K. Dick que inspiró a Ridley Scott y su verdadera obra maestra, *Blade Runner*. Película, al igual que la novela en la que se basa, ambientada en un hipotético futuro ya superado (Los Ángeles, 2019) en el que la humanidad se encuentra al borde del colapso, teniendo que emigrar hacia otros planetas, y utilizar como esclavos a androides casi humanos, los replicantes, fabricados con fecha de caducidad (cuatro años de vida). En esta historia, varios de estos replicantes escapan y vuelven al planeta Tierra, con el único objetivo de conocer a su creador, al dueño de la empresa que los fabricó, Tyrrel Corporation. Y el objetivo del líder de estos replicantes, Roy Batty, no es otro que, cual Edipo, «matar a su padre», a su Creador, el Doctor Eldon Tyrrel:

Al cabo de las peripecias extremas a las cuales ha sobrevivido, Roy ha logrado su objetivo: acceder a la presencia del todopoderoso científico y empresario Tyrrell. Esgrime su derecho a exigir reparación de su desasosiego al genitor biomecánico de esos días suyos, que son como los de un gólem monstruosamente devorado por el tiempo. Entre el creador y su artefacto, se despliega entonces un diálogo imposible: porque no existe diálogo que pueda reducir la inaccesibilidad de ese al que otro llama padre. Y Edipo viene a instalarse en su lugar exacto del corazón de la máquina: también los desalmados autómatas tienen sueños; y esos sueños mienten, también en ellos. Y la escena del Gólgota retorna, vertida en estampas futuristas de un paraíso que se llama infierno [50].

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

Tras un diálogo en el que el hijo reprocha a su creador el escaso tiempo de vida del que dispone, termina con su vida primero acercándolo con sus manos para besarle, al tiempo que aprieta las cuencas de sus ojos hasta dejarlo ciego y, con la enorme fuerza que le ha otorgado su creador, aplastar su cráneo:

Y Roy toma la cabeza del paternal Dr. Tyrrell entre sus manos, apoya sus firmes pulgares sobre los párpados cerrados del Creador. Lo besa en los labios. Incesto y muerte se cruzan un instante en el acto de amor postrero, en el cual el hijo reconoce al genitor y lo ama antes de darle muerte. Los ojos de Tyrrell se derraman en una densa gelatina que pringa los pulgares de Roy: el Padre ha sido castrado, conforme a lo que la primordial metáfora freudiana dicta.<sup>3</sup> Crujen las junturas del cráneo. La cabeza de Tyrrell estalla. Dentro de ella, estalla la masa cerebral que dio vida a Roy y a su pequeña horda insumisa. *Goodbye father, goodbye fucker...* Fundido a negro y fin de secuencia [53].

No puede ser casualidad, en efecto, que el guión de Blade Runner represente esta muerte del padre futurista mezclando muerte e incesto. Hasta alguien tan anárquico como Ridley Scott, capaz de grabar una película sobre Cristóbal Colón inspirándose en el *Paraíso perdido* de John Milton, mientras hace caso omiso a los historiadores que ha contratado para documentarle sobre la época, tiene la capacidad de escenificar con tanta fidelidad y creatividad el inmortal e intemporal mito de Edipo, con todo el dramatismo que Sófocles fue capaz de imbuirle más de dos mil años atrás...

Otra de las cuestiones que más irritan, por crueles e irracionales, producto de políticos y legisladores inductos y analfabetos (o simplemente inspirados por grandes corporaciones para realizar sus experimentos en personas enajenadas), es el tema de la castración o mutilación genital, no solamente de personas adultas que desean ser *transsexuales* (por los motivos que sean), sino de adolescentes que están aún a la búsqueda de su identidad sexual, y que después del entusiasmo propio de la edad que les condujo a tomar tan drástica decisión, se dan cuenta al ser adultos, cuando no hay posibilidad de dar marcha atrás, que fueron inducidos y engañados por adultos que debieran ser su guía y, sin embargo, les condujeron al abismo existencial:

Ni superstición, ni crueldad, ni incuria me sorprenden. Que la legislación española busque hoy retraernos a legitimar las prácticas castradoras de siglos pasados es algo que encaja bien en el plebeyismo imperante. Porque es algo que va en el lote de lo peor en la condición humana, que es de lo que el plebeyismo vive: la demagogia. Cuando escucho defender como garantía de libertad una ley que da soporte a la castración voluntaria — quirúrgica o química— de un menor de edad, es otro estupor, más profundo, el que me sacude: ¿estamos hoy a punto de ver a médicos dispuestos a practicar tal barbarie? Es esa

la única pregunta que cuenta. Y no hay silencio en el que pueda atrincherarse un profesional sanitario al que se le exija que ejecute una amputación mayor bajo el solo criterio de la voluntad de un niño.

Existen aún legislaciones europeas lo bastante empecinadas en su garantismo como para juzgar impensable que la castración de un menor pueda dejarse al albur de su propio arbitrio, tal como lo contempla la última legislación española. Recuerdo la complejidad del procedimiento francés para las «reasignaciones», que Élisabeth Roudinesco catalogaba en un libro reciente. Las envidio, desde este país nuestro que se ha vuelto loco. Desde este país nuestro en el que las «reasignaciones de sexo» no requieren más que un paseo hasta el registro civil [70].

Es realmente alucinante que haya adolescentes (y no pocos) a los que unos educadores zafios e inconscientes han no sólo reforzado sino inducido a estos menores de edad a considerar que esas prácticas criminales de mutilación genital son totalmente correctas. Nosotros mismos, en nuestra experiencia docente, no sólo hemos constatado que muchos adolescentes se sienten violentados cuando se les traduce la expresión «cambio de género» a lo que realmente es: castración o mutilación genital. Es que además son tus propios compañeros no sólo de profesión sino de departamento los que les animan a seguir con tales irracionales ideas, inspiradas por unos políticos enfermos, que siguen las directrices de una ideología no menos enferma, el wokismo. Un wokismo surgido del subjetivismo protestante, aquel que afirma que podemos ser lo que queramos, que no debemos resignarnos a lo que la tozuda realidad nos dicta. Que si nos sentimos mujeres, podemos ser mujeres aun siendo hombres genética y biológicamente (y viceversa):

Que los legisladores españoles están enfermos, moralmente enfermos —de mezquindad, de vanidad, de orgullo, casi siempre de ignorancia—, lo sabemos. Habremos de constatar, sí, en estos años que seguirán a la aplicación de la llamada «ley trans», si esa enfermedad moral va a ser contagiada sin más a los médicos. O si estos darán, al fin, esa que es hoy una elemental batalla por la dignidad humana. Frente a la crueldad y a la superstición. Frente a la incuria.

Porque la transexualidad no es un problema; por más que como tal tanto necio de todos los horizontes políticos se esté empeñando en verbalizarla. Problema, lo es la ignorancia. Esa que lleva a tantos a esgrimir ineptamente la «autodeterminación de la identidad de género» como un «derecho» que, mediante simple registro administrativo, puedan ejercer con la misma potestad un niño que un adulto. «Transexualidad» no es problema. «Autodeterminación», sí. Lo son siempre las palabras que, por servir para todo, no valen para nada; salvo para destrozar vidas. Distorsionar lo que las palabras significan es, más que error, estafa. A veces, crimen.

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

¿De dónde esta identidad que se juega sobre la supresión del sexo y su angélica transubstanciación en un teológico «género», cuyas letanías arrastrarían la mágica licuación del padre? Tratemos de desmigajar una jerga bajo la cual se pretendió asfixiar hasta el último átomo de inteligencia. Desmontemos su arrogante estupidez, bajemos el telón sobre la teatral ficción de los idénticos: esos que precisan hacer de cada pasaje libidinal en el curso de sus vidas una categoría sustantiva, que a sí misma se blindaría bajo codificaciones propias, y cuyo más hilarante síntoma es la ristra de letras, seguida por un indefinido +, que va añadiendo nuevas tipologías a su hallazgo: LGTBIQ+. ¿Más qué? Por el momento, aguardemos a agotar el alfabeto. Después, ya veremos [75-6].

Y es que los legisladores españoles están, en efecto enfermos de ignorancia. Ignorancia respecto a que en las personas no existe género, sino sexo. Y resulta ciertamente preocupante que haya que defender lo obvio, no sólo para quienes elaboran tales ideologías, sino incluso para los científicos (biólogos, sin ir más lejos) que las santifican por encima de la realidad biológica y anatómica que, como diría Freud, es un verdadero destino:

Sabremos también que no hay género en los individuos. Tan solo lo hay en las palabras. En los fluidos sujetos humanos hay sexo, que fluctúa en sus determinaciones deseantes, tan complejamente imprevisibles, tan mutables, tan mutantes, a lo largo de una vida. Padre y madre son tan solo —son nada menos que— mitos fundantes, sobre cuya sintaxis se teje la geometría de esas redes del deseo. Y hay genitales, claro está. Dura materialidad que sella la fisiología y a cuya amputación solo las formas más agresivas de la cirugía pueden asomarse. Y todo lo que es fluido en el sexo, y todo lo que es en el género ficción gramatical solo, se trueca aquí en peligrosa fisiología: porque «la anatomía es el destino», en fórmula ineludible de Freud. Jugad a adoptar nombres, artículos, adjetivos a vuestro capricho: masculino, femenino, epiceno, el género no os hará sangrar; ni anímica ni físicamente. Jugad a ir permutando los deseos en las imaginarias investiduras que vuestra sexualidad maquine: el sexo herirá vuestros afectos, ninguna invalidez impondrá a vuestro cuerpo. Dejad la genitalidad tranquila. Es intangible. Salvo para los dioses. O para los semidioses que dormitan en el mármol helenístico de los museos. Admirad las manos que hicieron de ese mármol leyenda bella hace dos milenios. Y pasad en silencio. No, por favor, no turbéis el sueño del hermafrodita [77].

Un libro dedicado a analizar *El eclipse del padre* que realizó Edipo y que Freud conceptualizó en forma de complejo, no podía dejar de lado a la otra cara de la moneda, el complejo de Electra, en este caso una hija que mata a su otra figura de autoridad, en este caso a su madre.

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

Un acto bárbaro que supera en frialdad a cualquier otro acto realizado por otros mitos (crueldad y frialdad sólo superada por Medea cuando da muerte a sus propios hijos):

Antígona plantará cara a la ley y a la ciudad: no hay combate más agrio que pueda imaginar un ateniense. Su hermana Ismene se lo hace notar: «el obrar por encima de nuestras posibilidades no tiene ningún sentido». Y Antígona replica que el sentido, su sentido, lo impone ella. A cualquier coste, al más alto precio. Porque «hermoso es morir haciéndolo. Yaceré con el que amo y me ama, tras cometer un piadoso crimen». Al lado de esa «piedad», la tentación de huida que reprime el aguerrido Héctor, al saberse destinado a morir a manos de Aquiles al pie de las murallas, es un juego de niños. Electra sobrepasa en contención y frialdad a Orestes, llegada la hora de ajusticiar a Clitemnestra, madre de ambos: necesario es vengar la memoria de Agamenón, su padre. Medea no vacilará ante la violencia insólita de dar muerte a sus hijos [...] [99]

Y es que «Orestes y su hermana Electra darán muerte a su propia madre, Clitemnestra, para vengar al padre traicionado... El ciclo expansivo de la desmesura, de la *hybris*, se apodera para siempre del inconsciente griego» [112]. Una *hybris* femenina que emerge en este mundo contemporáneo para darle la puntilla al padre bajo la forma del feminismo, la otra cara del wokismo.

Gabriel Albiac no escatima en su crítica al feminismo contemporáneo, analizando con rigor su origen en la ausencia de varones causada por la Primera Guerra Mundial y la necesidad de llenar ese vacío para el sistema productivo, sacando de su ámbito tradicional, el hogar, a las fémias occidentales:

La batalla final había llegado para las mujeres europeas. Nadie que haya salido una vez de casa retorna a ella. Las surrealistas fueron un primer experimento en el laboratorio europeo. Y su rareza, y su primigenia extravagancia, contaminaron muy pronto el tejido, hasta entonces intocable, de las reglas sociales. Nuevas normas dieron como resultado un nuevo sujeto-mujer: ese cuyo canon acabaría por cerrar —medio siglo después y con la preciosa ayuda de unos fármacos prodigiosos, los anovulatorios, que desligaron irreversiblemente reproducción y sexo— la primavera imprevista del año 1968 [133].

Queda así caracterizado el feminismo ya no como movimiento emancipador y liberador (menos aún empoderador), sino como una cobertura ideológica de un proceso necesario dentro de un sistema que exige que todo el mundo produzca y consuma a partes iguales. Un proceso tan reciente como el origen del propio término *feminista*:

«Feminismo» y «feminista» son vocablos de muy reciente historia en los diccionarios. La primera aparición de ambos la registra la octava edición del de la Academia francesa, en 1932, para abarcar un campo semántico muy básico: «Feminismo. Doctrina que tiene como objeto la extensión de los derechos civiles y políticos a la mujer». «Feminista. Que

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

hace relación al feminismo». Su primer uso lo acredita este pasaje de un popular panfleto de Aléxandre Dumas hijo, fechado en 1872, *L'Homme-femme*:

«Las feministas, perdóneseme el neologismo, dicen: todo el mal viene de no querer reconocer que la mujer es la igual del hombre y que hay que darle la misma educación y los mismos derechos que al hombre; el hombre abusa de su fuerza, etc. Ya conocéis lo que sigue. Nos permitiremos responder a las feministas que lo que dicen no tiene ningún sentido» [134]

Muchos más son los episodios literarios y reales que adornan este peculiar *Eclipse del padre*, pero que, para no desvelar al interesado lector en leer una de las últimas obras de Gabriel Albiac, culminaremos aquí citando su Epílogo, en el que constata la sensación de zozobra y orfandad de nuestro tiempo:

El padre, en suma, como refugio frente a la superstición: maestro de la sobriedad que elude vanidades. Y, como tal, superstición suprema. Aunque eso, naturalmente, no se diga. Tal es el arquetipo de Marco Aurelio; tal, la apuesta estoica. Pero ¿qué es lo que sucede con nosotros, pasado ya más de un siglo de lo que fuera, diagnostica Nietzsche, el crepúsculo definitivo de los dioses, del Único como de los plurales, de los padres como del Padre?

Somos los hijos bastardos de un monoteísmo despiezado: engranajes dispersos de la que fuera memorable máquina escénica tridentina. Hoy, piezas oxidadas: material de desguace. Alienta aún en nuestra estirpe un átomo del impávido rigor estoico. Y, del Padre Eterno, velamos el trono vacío. En el cruce de esa melancolía nos avenimos, a veces, hasta a fingirnos intemporales. Aun acosados por el amenazante retorno del Todopoderoso. Huérfanos y precarios. A la pesada sombra de aquel, habremos de seguir orando.

En vano.[216]

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

### BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Bueno, G., (2006). *Zapatero y el Pensamiento Alicia. Un presidente en el País de las Maravillas*. Madrid: Temas de Hoy.

Veisaga, R. (2022). *La actualidad de las izquierdas políticas y la derecha*. Revista *Metábasis*, N° 13, pp. 61-90.

Veisaga, R. (2026a). *El wokismo es de izquierda. Pero el wokismo no es marxista*. Revista *Metábasis*, N° 23, pp. 17-40.

Veisaga, R. (2026b). *El Eternauta. La eterna estupidez izquierdista*. Revista *Metábasis*, N.º 24, pp. 25-42.

Recibido: 18 de Mayo de 2026.

Aceptado: 02 de Junio de 2026.

Evaluado: 20 de Junio de 2026.

Aprobado: 23 de Junio de 2026.

Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

